

Amor más fuerte que la muerte



Charles H. Spurgeon

El púlpito del tabernáculo metropolitano

Amor más fuerte que la muerte

Nº 2377

Un sermón predicado la noche del Jueves 5 de Julio de 1888 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.
(Y leído el Domingo 9 de Septiembre de 1894).

“Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. — Juan 13: 1.

Este versículo es una especie de prefacio de la historia del lavatorio de los pies, y es un prefacio maravilloso en verdad, cuando se le vincula con los versículos tres y cuatro de mismo capítulo: “Sabido Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó”. Este es el marco del cuadro que nos es presentado aquí. ¿A qué podría compararlo? Es semejante a una puerta de la ciudad de oro, donde cada una de las puertas es una perla, y, en verdad, este versículo es una joya de inestimable precio. El cuadro del lavatorio de los pies está insertado en este precioso marco.

Este acto simbólico y memorable tuvo lugar al final de la vida de nuestro Señor aquí abajo. La Pasión fue el final de Su vida, y podemos considerar que la Pasión estaba a punto de comenzar. Esa misma noche iría a Getsemaní, y en menos de veinticuatro horas, las amadas manos que lavaron los pies de los discípulos, serían clavadas al maldito madero, y Aquel que habló tan tiernamente a Su pequeño grupo de seguidores, experimentaría las agonías de Su muerte.

Es importante conocer cómo se siente un hombre cuando se enfrenta a la crisis real de su vida. Ha cultivado un gran variedad de sentimientos a lo largo de su carrera, pero ¿cuál ha sido su pasión dominante? La verán en

ese momento. Se ha convertido en un proverbio que “la pasión dominante es fuerte en la muerte,” y hay gran verdad en ese dicho. A la luz de la partida del hombre, veremos cuál poder le gobernó realmente.

Precisamente fue así con nuestro Divino Señor. Casi había llegado al fin de Su vida terrenal. Se acercaba un período de espantosa agonía. Estaba a punto de soportar la grande y terrible muerte de cruz, a través de la cual compraría la eterna redención para todo Su pueblo. ¿Qué prevalecía en Su mente en ese momento? ¿Qué pensaría de Sus discípulos, ahora que tenía tantas otras cosas en qué pensar, ahora que se le venía el pensamiento de Su muerte cercana, ahora que la agonía y el sudor de sangre de Getsemaní estaban tan cerca? ¿Qué pensaría Jesús de Sus discípulos en un momento como ese, y bajo semejantes circunstancias? Nuestro texto es la respuesta a estas preguntas: “Sabiedo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. En la Cena Pascual su amor ardió con la misma intensidad de siempre. ¡Ay, y daría la impresión que en esa admirable oración que está registrada en el capítulo diecisiete de Juan, y en el maravilloso discurso que la acompañó, el amor de Jesús resplandeció con mayor claridad que nunca! Entonces fueron encendidos los fuegos del gran faro que, alimentados por los impetuosos vientos que soplaban alrededor del Salvador, adquirieron la plena fuerza de una hoguera. Ahora pueden decir de Jesús: “¡Mirad cómo amaba a Sus discípulos!”, pues hasta el fin de Su vida amó a quienes había amado desde el principio.

Con ese pensamiento en sus mentes, les pido que me sigan mientras desmenuzo el texto, haciendo hincapié casi en cada una de sus palabras.

I. Primero, entonces, en relación a nuestro bendito Señor, consideremos CON QUIÉNES SE ASOCIABA, y de quiénes habla este versículo ahora. Ellos son llamados, “los suyos”. Es una descripción breve, pero maravillosamente plena: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”.

“Los suyos”. Había un círculo, y algunas veces, un amplio círculo alrededor del Salvador, constituido por publicanos y pecadores, y Él tenía una medida de amor para todos ellos, un benevolente deseo de bendecirles. Pero había un círculo íntimo, que contenía a los doce apóstoles y algunas

mujeres piadosas, que se le había unido. Estos eran “los suyos”. A menudo les explicó el significado oculto de alguna parábola que permaneció sellada para la multitud. A menudo les presentaba exquisitos platillos especialmente reservados para su mesa, y que no estaban destinados a la multitud. Pan y peces bastaban para la multitud; pero Jesús tenía viandas más selectas para “los suyos”. Eran un pueblo especial. Muchos los conocían, muchos los despreciaban, pero Jesús los amaba, y este era el principal motivo que los convertía en “los suyos”.

Ustedes saben cómo llegaron a ser “los suyos”. Él los eligió antes de la tierra. Un hombre puede ciertamente elegir a su propia esposa, y Cristo eligió a Su propia esposa, a Su propia Iglesia; y mientras la Escritura permanezca, esa doctrina no podrá ser erradicada nunca. Antes de que la estrella de la mañana conociera su lugar, y de que los planetas giraran en sus órbitas, Cristo eligió, y, habiéndolo hecho, mantuvo Su elección. Él los eligió por Su amor, y los amó por Su elección.

Habiéndolos amado y habiéndolos elegido, los desposó Consigo. “Serán míos,” dijo Él; “Yo seré su esposo, seré hueso de sus huesos y carne de su carne”. Por consiguiente, cuando vino el cumplimiento del tiempo, Él vino aquí, asumiendo nuestra humanidad, para que pudiera ser visto como el verdadero Esposo de “los suyos”. “Los suyos” por elección, “los suyos” por matrimonio.

Eran “los suyos” también, pues Su Padre se los dio. El Padre los entregó en Su mano. “Tuyos eran,” dijo Jesús, “y me los diste”. El Padre amó al Hijo, y puso en Su mano todas las cosas; pero Él hizo una especial entrega de Su propio pueblo elegido. Le entregó ese pueblo, haciendo con Él un pacto de fianza a favor de ellos, que establecía que como eran Sus ovejas, puestas bajo Su cargo, Él las devolvería y ninguna de ellas debía ser destrozada por el lobo, o morir por la helada o el calor, sino que todas tenían que pasar bajo la vara Suya para ser contadas. Ese grandioso Pastor de las ovejas cuidará del rebaño entero que le fue encargado; no perderá ni una sola de Sus ovejas o corderos. Al final, Jesús dirá: “Heme aquí, Padre, de los que me diste, no perdí ninguno”. Así, son “los suyos” como un don del Padre.

Pero estos a quienes llamó “los suyos” pronto serían Suyos por una compra admirable. Él veía la redención de ellos como ya consumada, pues le dice a Su Padre en Su oración: “He acabado la obra que me diste que hiciese”. Amados amigos, ¿han pensado alguna vez cuán caros somos para Cristo por Su redención de nosotros? “No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio”. ¿Alguna vez se han dado cuenta del precio que fue pagado por ustedes? A veces pienso que si yo hubiese estado allí, habría dicho: “¡oh, grandioso y glorioso Señor, te suplico que no pagues ese precio por mí; es demasiado sacrificio que seas hecho pecado por mí para que yo sea hecho justicia de Dios en Ti!” Pero Él quiso hacerlo. Él nos amó más que a Sí mismo. Él quiso hacerlo, y ha pagado el precio de compra de nosotros, y somos Suyos; y no nos retractaremos de la gozosa confesión. Tiene todo el derecho de llamarnos “los suyos” habiéndole costado tanto redimirnos.

Pero nos hemos convertido en “los suyos” por Su conquista de nosotros. Él llamó a Sus discípulos por Su gracia; atrajo a cada uno de ellos con cuerdas de amor, y le siguieron: y lo mismo sucede con ustedes y conmigo. Recuerdan cuando Él los atrajo, ¿no es cierto? ¿Podrían olvidar jamás cuando, por fin, se sometieron al poder de esas cuerdas de amor, de esas cuerdas de un hombre? A menudo, a partir de entonces, han cantado:

Oh, feliz el día, que fijó Tu elección
En mí, mi Salvador, y mi Dios;
Bien se puede regocijar este radiante corazón,
Y pregonar por todas partes su embeleso.

¡Está hecha! La grandiosa transacción fue hecha;
Yo soy del Señor, y Él es mío:
Él me atrajo, y yo le seguí,
Encantado de confesar la voz divina.

Amados, ustedes son “los suyos” ahora, porque se han sometido a Él. Ustedes se deleitan al pensar que son Suyos. No hay mayor gozo para ustedes que sentir que pertenecen a Cristo. El hecho de que son verdaderamente de Cristo, es el fundamento de innumerables placeres y bendiciones para su corazón. Jesús nos llama “los suyos,” Sus propias

ovejas, Sus propios discípulos, Sus propios amigos, Sus propios hermanos, miembros de Su cuerpo. ¡Qué hermoso título llevamos: “los suyos”! He oído de algunos que consideran un honor ser llamados: “Pertenecientes al Diablo”. Yo espero que ustedes hayan escapado de un título como ese; y ahora sean propiedad de Cristo. ¡Cuántos regimientos han sentido mucho orgullo de ser llamados: el Regimiento del Rey, o el Regimiento de la Reina, o el Regimiento del Príncipe! ¡Oh, pero nosotros somos Suyos! Él es nuestro dueño; Él nos llama “los suyos”. De esta manera nos distingue del resto de la humanidad, y nos aparta para Sí. “Será perpetuado en ellos mi nombre,” dice Él. Son “los suyos”. En verdad, este es el honor más elevado que nos puede ser conferido en el último gran día. “Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe”.

Ahora confío que podamos decir que deseamos servir a Cristo en nuestra vocación. Me siento dichoso de estar entre los pocos favorecidos cuya vocación es servir a Cristo, aquellos a quienes les está permitido entregar todo su tiempo y todo su vigor a ese amado servicio. Somos “los suyos”. Pero ustedes también son “los suyos” si creen en Él. Pertenecen a Cristo, allí arriba en su buhardilla o en el lavadero; son de Cristo mientras aran en los campos; son de Cristo cuando rastrillan el heno. No me estoy desviando del tema cuando digo esto, pues Cristo tiene a “los suyos” en todas estas clases. “Los suyos” eran pescadores, “los suyos” echaban la red en el mar de Galilea, “los suyos” la recogían en la costa, “los suyos” eran los pobres de este mundo. Los Suyos, los verdaderamente Suyos, Sus mejores y más selectos amigos y seguidores, eran precisamente así. Eran hombres sin letras e ignorantes, y sin embargo eran “los suyos”. Por eso dijo el apóstol: “Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia”. ¡Oh, la admirable soberanía del amor divino!

Yo confío que haya algunos hoy que Cristo llama “los suyos” aunque ellos todavía no sepan que así es. Fueron comprados con Su sangre, y ¿no están conscientes de ello? Fueron escogidos antes de la fundación del mundo, y ¿todavía no lo han descubierto? ¡Que el Señor les revele Su amor

eterno, y les ayude a hacer firme su vocación y elección de ahora en adelante!

He dicho todo lo que el tiempo me ha permitido decir acerca de los amados seres asociados con nuestro Señor, los discípulos, a quienes llama “los suyos”.

II. Ahora, en segundo lugar, tienen una completa descripción de qué había sentido Jesús por ellos hasta ese momento: “Como había amado a los suyos”.

¡Cuánto puede hacerse con una pincelada! Algunas veces me he maravillado al ver todo lo que puede hacer un gran artista con un simple retoque; su obra parecía inacabada, pero ha tomado un pincel, y ha dado unos cuantos trazos, y el lienzo que estaba muerto ha cobrado vida ante el espectador. Ahora, el apóstol Juan es un gran maestro en el arte de la pintura con palabras, y nos proporciona la historia completa de los tratos de Cristo con Sus discípulos, en estas pocas palabras: “Como había amado a los suyos”.

Pues, recuerden que fue así como comenzó con ellos. Eran pobres e insignificantes, pero Él los amó, y mostró Su amor por ellos llamándolos para que fueran Sus discípulos. Ese amor obró en sus corazones, y los hizo obedientes a Su llamamiento. Él comenzó amándolos. Isaías dice: “A ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción”. No conozco una descripción más bella de la conversión y de la salvación. El amor de Dios nos eleva amorosamente del Seol, y amorosamente nos entrega a Cristo. Así, Cristo amó a Su pueblo desde el principio, y demostró Su amor atrayéndolo a Sí mismo, y las cuerdas que usó para atraerlo fueron las cuerdas de Su amor.

Habiendo comenzado con el amor, prosiguió con la enseñanza; pero toda Su enseñanza fue amor, pues ellos eran unos estudiantes tan torpes, tan propensos a olvidar, tan lentos para recordar, que tenía que mantenerse amándolos, pues de lo contrario se habría cansado de entrenarlos. “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?” Hay mucho amor en esa pregunta. Lo mismo sucedió cuando estaba tratando con Tomás; en Su ternura, se sometió sin preguntar a la prueba de Su discípulo incrédulo. Le dijo: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano,

y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Toda Su enseñanza fue expuesta con labios de amor, y toda Su instrucción consistió en lecciones de amor.

El Señor siempre amó a Sus discípulos, aunque sus naturalezas eran sorprendentemente imperfectas, la de todos ellos. Ninguno tenía lo que uno llamaría una naturaleza madura, con la excepción tal vez de Juan, y aun él era de temperamento precipitado, pues quiso mandar que descendiera fuego del cielo sobre ciertos samaritanos. Sin embargo, el Señor siempre mantuvo Su amor. Él había decidido amarlos, y nunca cesó de amarlos en tanto estuvo con ellos, y ha continuado amándolos desde entonces. En el tiempo en que iba a pasar de este mundo al Padre, ellos necesitaban que sus pies fuesen lavados, y Él los amó lo suficiente como para prestarles incluso ese humilde servicio. Todas las debilidades, las imperfecciones, la carnalidad, la torpeza, la lentitud de su naturaleza, que Él veía mucho más claramente que ellos, no le indujo a dejar de amarlos: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”.

Lo más extraño de todo fue que, cuando abrió Sus ojos y miró hacia el futuro, vio que pronto serían cobardes e incrédulos, pero continuó amándolos de la misma manera. Él dijo: “Todos os escandalizaréis de mí esta noche,” y así ocurrió, pues “Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron”. Le dijo a Pedro que lo negaría tres veces, y así fue, pero fue cierto todo el tiempo que “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. Eso lo resume todo. No hubo nunca un toque de odio, no hubo nunca ningún enojo, no hubo nunca ningún cansancio, no hubo nunca ninguna tibieza en Jesús hacia Sus discípulos; sino que todo el tiempo fue: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”.

Ese es el amor de Cristo para Sus elegidos, y ese es el amor de Cristo para mí. Yo no creo que esos caballeros que han escrito una “Vida de Cristo” podrían escribir sobre esta área. Esta es una porción de la vida de Cristo que necesita, no tanto ser escrita, sino ser conocida en el corazón y en el alma.

¿Cómo has encontrado que es Cristo, hermano mío? Si le has conocido, ¿cuál ha sido Su proceder hacia ti? Tú respondes: “Amor”. En cuanto a mí

respecta, yo nunca había sabido, nunca había oído de un amante como Él; nunca soñé que podría ser lo que ha sido conmigo. ¡Oh, cuánto habré vejado y afligido Su corazón lleno de gracia, causándole dolor; pero nunca, nunca, nunca he recibido de Él otra cosa que no sea amor! “Como había amado a los suyos”. Esa expresión resume todo el comportamiento de Cristo hacia Su pueblo elegido. Es como una pintura en miniatura; tiene cada uno de los elementos de Su carácter. Allí está, todo él. Pueden ponerlo bajo un microscopio, y mirar todo el tiempo que quieran, y encontrarán que todo está allí. “Como había amado a los suyos”.

Así pues, han visto a su Señor asociado con Sus discípulos hasta este punto, y han aprendido que no ha manifestado otra cosa hacia ellos sino amor.

III. Y ahora, en tercer lugar, ¡QUÉ CAMBIO LE SOBREVENDRÍA! “Sabido Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre”.

Queridos amigos, un cambio pasmoso vendría sobre Él, pues, en primer lugar, aunque aquí está descrito muy tiernamente, Él sabía que tenía que morir. Estoy seguro que no desean que les mencione todo lo que rodeaba a la cruz, toda la amargura y el dolor que culminó en esa copa con una mezcla de ajeno y hiel. El corazón de ustedes no puede dejar de recordar las heridas que soportó cuando sufría por ustedes. Bien, ahora, si ustedes y yo tuviéramos que soportar todo lo que Cristo tuvo que sufrir, absorbería todos nuestros pensamientos, y seríamos incapaces de pensar en algo que no fuera eso; pero ciertamente no acaparó los pensamientos de nuestro Señor. Todavía pudo pensar en “los suyos”. Amó a “los suyos” hasta el fin. Mantuvo ese mismo amor calmado, sólido, resuelto, que les había mostrado antes. Su cara se tornó como un pedernal para ir a Jerusalén; pero no había pedernal en Su corazón, todo se había ido a Su rostro. Él había asumido la obra de la redención de Su pueblo, y tenía que terminarla. La muerte misma no pudo cambiar Su amor. Ustedes saben del amor del cual canta Salomón al final de los Cantares: “Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos;” y dice: “Fuerte es como la muerte el amor”. Ciertamente, en el caso de nuestro Señor, el amor fue más fuerte que esa muerte de muertes que se dignó morir para hacernos vivir a nosotros. Ahora

es Su grandiosa “hora” de tribulación; pero Él es fiel a “los suyos” incluso en esta terrible hora. Está a punto de morir; pero sigue amando a “los suyos”.

Amados hermanos, eso no es todo. Jesús estaba a punto de pasar de este mundo, para irse lejos de Sus discípulos. Después de un poco de tiempo, no los vería más con Sus ojos corporales; y ellos tampoco oirían Su voz que les guiaba y les instruía. Puede ser cierto que la “ausencia hace que el corazón se vuelva más apasionado,” pero, ay, nos hemos encontrado con muchos ejemplos de hombres mortales que han olvidado por completo a aquellos a quienes profesaban amar aunque el mar se interpusiera entre ellos alguna vez. Muchos corazones dependen de la vista. Es una lástima que así sea; pero fue diferente con Cristo. Toda la distancia entre la tierra y el cielo pronto se interpondría entre nuestro Señor y Sus discípulos; pero Él los amó y siguió amándolos. Ninguna distancia es relevante entre Jesús y “los suyos”: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”.

Sin embargo, recuerden que el Salvador estaba a punto de experimentar un cambio muy maravilloso en otro sentido, pues iba al Padre. ¿Acaso tiene alguno de nosotros la más remota idea de lo que Él es ahora con el Padre? No voy a intentar describir los esplendores sobrenaturales de Su trono, las glorias que Sus redimidos se deleitan en colocar a Sus pies, los himnos que los ángeles y querubines y serafines presentan continuamente delante de Él; pero amamos este verso, y en verdad podemos cantar:

Aunque ahora reine exaltado en lo alto,
Su amor es igual de grande;
Recuerda muy bien el Calvario,
Y no se olvida de Sus santos.

No puedo describir estos maravillosos cambios de nuestro Señor, de vida a muerte, de muerte a resurrección, de resurrección a ascensión, de ascensión a las glorias del trono de Su Padre. ¿Causarían estos cambios una alteración en Él? No, ninguno de ellos. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”.

Trataré de hablar de eso ahora. Ese será mi último punto. Pero antes de llegar a ese tema, debemos ver cuál sería la condición de “los suyos”. Les he mostrado cuál sería la condición de Cristo, y el cambio que tendría lugar en Él.

IV. Ahora, en cuarto lugar, ¿CUÁL SERÍA LA CONDICIÓN DE ELLOS?

Bien, ellos permanecerían donde estaban: “Los suyos que estaban en el mundo”. Me parece que hay un gran abismo de significado en esa expresión: “en el mundo”. Algunos de ustedes saben más acerca de lo que eso significa, que muchos de nosotros. La Iglesia de Dios en Londres no es sino un campamento en medio del paganismo. Entre más pronto creamos en esa terrible verdad, mejor, porque es así realmente; y la Iglesia de Dios en el mundo no es otra cosa que una tienda nómada en medio de un mundo que está bajo el maligno. Nosotros estamos “en el mundo”. Ahora, algunos de ustedes saben lo que quiere decir estar “en el mundo”. Cuando lleguen a casa esta noche, no habrá casi otra cosa que juramentos y maldiciones a su alrededor. Algunos amados miembros del pueblo de Dios, a quienes Él ama con todo Su corazón, están todavía en el mundo, sufriendo eso que los veja tanto, como Lot era vejado por la conversación inmunda de los hombres de Sodoma. “¡En el mundo!” Ahora, esos que Cristo estaba a punto de dejar en el mundo, quedarían en medio de toda la abundante impiedad, y de la idolatría, y de la blasfemia, en una época sumamente impía de la historia; sin embargo, Él los dejó “en el mundo”.

Vean, estando en el mundo, comenzaron a ser perseguidos. Fueron apedreados; fueron encerrados en prisión; fueron arrastrados al anfiteatro para ser despedazados por los leones; pero “Los amó hasta el fin”. Ustedes saben cómo concluye ese bendito capítulo ocho de la Epístola a los Romanos. “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa

creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Además de ser perseguidos, estaban expuestos a ser severamente tentados. Todo tipo de sobornos fueron colocados en su camino, y toda suerte de placeres y concupiscencias les fueron presentados; eran hombres semejantes a nosotros, así que estas tentaciones eran muy reales para ellos. Ellos estaban “en el mundo,” y Jesús había ascendido al cielo. Ellos estaban “en el mundo” también en aflicción. Ah, queridos amigos, encontramos que nosotros también, en este sentido, estamos “en el mundo”. No importa qué tan cerca de Dios vivamos, sufrimos dolores corporales, y tenemos que afligirnos cuando vemos sufrir a nuestros seres queridos. Tenemos pérdidas y cruces porque estamos “en el mundo”. La maldición de Dios permanece aún sobre la tierra: “Espinosa y cardos te producirá”. Puedes hacer lo que quieras con ella, pero no puedes impedir que siga produciendo cardos y espinos. Ellos continuarán brotando tan ciertamente como el polvo volverá al polvo de donde fue tomado.

En el mundo, por supuesto, tenían una gran tarea, pues fueron dejados en el mundo para que buscaran convertirlo, o, al menos, para llamar a los redimidos de Cristo de entre los hombres por la predicación del Evangelio a toda criatura.

Y, estando “en el mundo,” estaban rodeados de mucha debilidad, debilidad de cuerpo y debilidad de mente, siempre necesitados de pedir ayuda a su Señor. Él estaba allá arriba sobre el trono, y ellos estaban abajo en el calabozo. Él estaba allá arriba, vestido con todo el poder, y ellos estaban aquí abajo en toda debilidad.

V. Ahora, ¿CÓMO SE COMPORTARÁ JESÚS CON ELLOS? Esa es nuestra última pregunta. Comenzamos con ella, y finalizaremos con ella. Bien, aquí está la respuesta. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin;” y podemos estar seguros de que siempre los amará, y que la ternura de Su corazón hacia ellos será siempre la misma. “Los amó hasta el fin”. ¿Qué significa esa frase?

Pienso que quiere decir, primero, que Él amó ininterrumpidamente. El hebreo, “Su misericordia es para siempre,” puede traducirse: “Su

misericordia permanece hasta el fin”. Esto es, hasta el fin que no tiene fin, pues nunca habrá un fin a Su misericordia; y Su amor es continuo, amor eterno, nunca llegará a un fin. Podría decirse que Cristo mismo, en Su pasión, llegó a un fin, y que Él amó a Sus discípulos hasta Su muerte; pero esto nos aclara que Él los ama sin ningún final, por siempre y para siempre. Habiéndolos amado mientras estaba en el mundo, los ama ininterrumpidamente, y siempre los amará cuando el tiempo no exista más.

Estoy seguro, queridos amigos, que ustedes creen en el amor eterno de Dios hacia Su pueblo. Si algunos de ustedes no creen, ustedes mismos se estarían privando de uno de los más grandes consuelos que se encuentran en las Escrituras. Si el Señor pudiera cambiar, ¿dónde estaríamos nosotros? Todo habría terminado al terminar Su amor eterno. Yo me deleito creyendo que los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de nosotros Su misericordia, ni el pacto de Su paz se quebrantará; permanece por siempre y para siempre.

Pero la frase podría ser traducida: “Él los amó hasta la perfección”. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta la perfección”. No podría amarlos más; eso era imposible. No podría amarlos más sabiamente; eso sería impensable. No podría amarlos más intensamente; eso no podría suponerse. Cualquiera que sea la perfección del amor, Jesucristo la concede a Su pueblo. No hay un amor igual en todo el mundo, como el amor de Cristo por Su pueblo; y si juntaran todos los amores que existieron siempre, de hombres y mujeres, de madres y de hijos, de amigos y amigas, y los amontonaran, el amor de Jesús es de superior calidad que todos ellos, pues ninguno de esos amores es absolutamente perfecto, pero Jesucristo ama a la perfección.

Ustedes que tienen la Versión Revisada de la Biblia, encontrarán al margen las siguientes palabras, “perpetuamente”. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó perpetuamente,” a lo sumo, hasta el extremo, hasta lo más distante; o, si analizo la palabra desde otra perspectiva, “los amó del todo,” inefablemente, de tal manera que no puede expresarse, o concebirse, o describirse, o imaginarse, cuánto amó a Su pueblo. Él amó a Su pueblo hasta el máximo límite del amor. Así es, no hay amor como el Suyo, y, como acabo de decirlo, todos los amores del mundo,

comprimidos en uno, no lo igualarían. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó perpetuamente”.

Ahora, me parece a mí que esta verdad debería inducir a alguna pobre alma, a desear el gozo del amor de Cristo. “¡Oh!” dirá alguien, “si obtuviera ese amor, nunca lo perdería. Me amaría perpetuamente. Oh, si me pudiera contar entre Su pueblo!” La manera de descubrir el amor de Cristo para ti es que comiences por confiar en Él; y en verdad Él te ayudará a hacer esto. Él es tan verdadero, tan bueno, tan capaz de salvarte perpetuamente, que si tú vienes y confías, si confías enteramente en Él, si confías en Él tal como eres ahora, entonces Él te salvará perpetuamente, y mostrará Su amor hacia ti perpetuamente.

He estado predicando lo que, así confío, consolará al pueblo de Dios; pero desearía que alguna pobre alma viniera a Cristo por medio del sermón. Yo creo que esa es la forma correcta de predicar el Evangelio. ¿No se han fijado, en la historia del hijo pródigo, que el padre dijo: “Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies,” etcétera, pero no agregó: “alimentadle”? ¿Se fijan qué fue lo que dijo? Dijo: “Comamos y hagamos fiesta”. “Bien, pero yo pensé que estaba pensando en su hijo”. Sí, pero dice “comamos”. Así, amados hermanos y hermanas en Cristo, comamos, y entonces los pecadores comenzaran a sentir que se les hace agua la boca, y también querrán comer, y participar en la fiesta. Esta es la única manera de hacerlos comer; ustedes pueden llevar un caballo al agua, pero no pueden hacerlo beber; pero es muy probable que lo logren si ponen a otro caballo que beba junto a él. Así, si ustedes y yo gozamos de la dulzura del amor de Cristo, puede ser que haya algunas personas en alguno de los balcones de esta iglesia, o en su nave principal, que digan: “quisiéramos conocerlo también,” y necesitarán conocerlo; esa es la manera de hacerlos comer. Ruego al Señor, por Su Espíritu, que los conduzca a poner su confianza en este amante Salvador, y que cada uno diga:

Jesús, amante de mi alma,
Déjame volar a Tu pecho.

Él les permitirá que vuelen a Su pecho; por tanto:

Ven, y sé bienvenido; pecador, ven.

Ch. H. H. H.